

con María Luisa antes de la celebración del matrimonio religioso: desprecio de la majestad de las costumbres reales y de las leyes divinas, que eran un mal presagio.

Todo parecía terminado: Bonaparte obtuvo la única cosa que le faltaba: semejante a Felipe Augusto, aliándose con Isabel de Hainaut, confunde la última estirpe con la *raza de los grandes reyes*; el pasado se une al porvenir. Tanto en el pasado como en el porvenir es ya el dueño de los siglos, si quiere, por fin, sentarse en la cima; pero él tiene el poder de detener el mundo; mas no el de detenerse; marchará hasta conquistar la última corona que da valor a todas las demás: la de la desgracia.

La archiduquesa María Luisa dió a luz un niño el 20 de marzo de 1811; sanción supuesta de las felicidades precedentes. De este ser, nacido como las aves del polo, al sol de la media noche, sólo quedará un vals triste, compuesto por él mismo en Schönbrunn, y tocado por los músicos de las calles de París en los alrededores del palacio de su padre.

PROYECTOS Y PREPARATIVOS DE LA GUERRA DE RUSIA. — APUROS DE NAPOLEÓN. — EL EMPERADOR EMPRENDE LA EXPEDICIÓN DE RUSIA. — OBJECIONES. — FALTA DE NAPOLEÓN. — REUNIÓN EN DRESDE. — BONAPARTE PASA REVISTA A SU EJÉRCITO. — LLEGA A ORILLAS DEL NIEMEN.

Bonaparte no veía ya enemigos; no sabiendo dónde tomar imperios, a falta de otro mejor había quitado el reino de Holanda a su hermano. Pero una enemistad secreta, que se remontaba a la época del fusilamiento del duque de Enghien, había quedado en lo profundo del corazón de Napoleón contra Alejandro. Una rivalidad de potencia le animaba, y no ignoraba lo que Rusia podía hacer, y a qué precio había comprado las victorias de Friedland y de Eylau. Las entrevistas de Tilsit y de Erfurt, armisticios forzados, una paz que el carácter de Bonaparte no podía soportar, declaraciones de amistad, apretones de manos, abrazos, fantásticos proyectos de comunes conquistas, todo esto no era más que aplazamientos de odio. Había aún sobre el continente un país y capitales donde Napoleón no había entrado, un imperio en pie enfrente del imperio francés, y los dos colosos tenían que medir sus fuerzas.

Extendiendo los límites de Francia, Bonaparte se había encontrado con los rusos, como Trajano pasando el Danubio se había encontrado con los godos.

Una calma profunda, sostenida por una piedad sincera desde que había vuelto a la religión, inclinaba a Alejandro a la paz, y nunca la hubiera roto a no haber ido a buscarlo. Todo el año 1811 se pasó en preparativos. Rusia invitaba a Austria domada y a Prusia a que se reunieran con ella en caso de ser atacada; Inglaterra llegaba con su bolsa. El ejemplo de los españoles había despertado las simpatías de los pueblos, y ya comenzaba a formarse el lazo de la virtud (*Tugendbund*), que oprimía poco a poco la joven Alemania.

Antes de marchar a Rusia con sus aliados, Austria y Prusia, con la Confederación del Rin, compuesta de reyes y de príncipes, Bonaparte había querido asegurar sus dos flancos que tocaban en las dos orillas de Europa; negociaba dos tratados: uno en el Mediodía con Constantinopla, y otro en el Norte con Estocolmo. Estos tratados no se cumplieron.

Napoleón, en la época de su consulado, había reanudado inteligencias con la Puerta: Selim y Bonaparte habían cambiado sus retratos y sostenían una correspondencia misteriosa. Napoleón escribía a su compadre, con fecha de Osterode, 3 de abril de 1807: «Tú te has mostrado el digno descendiente de los Selim y de los Solimán. Confiame todas tus necesidades, porque yo soy bastante poderoso y bastante interesado en tu ventura, tanto por amistad como por política, para no poderte negar nada.» Encantadora efusión de dos sultanes charlando frente a frente, como hubiera dicho Saint-Simón.

Selim, destruido, Napoleón vuelve al sistema ruso, y piensa dividir la Turquía con Alejandro; después, trastornado por un nuevo cataclismo de ideas, se determinó a la invasión del imperio moscovita. Pero hasta el 21 de marzo de 1812 no pidió a Mahamud su alianza, exigiéndole repentinamente cien mil turcos a orillas del Danubio: por este ejército ofreció a la Puerta la Valaquia y la Moldavia; pero los rusos se le habían anticipado: su tratado estaba a punto de concluirse, y fué firmado el 8 de mayo de 1812.

Los suecos engañaron igualmente en el Norte a Napoleón. Estos habrían podido invadir la Finlandia, como los turcos amenazar la Crimea; por esta com-

binación, teniendo la Rusia dos guerras en sus extremos, se habría visto en la imposibilidad de reunir sus fuerzas contra Francia; esto era la política en una vasta escala. Al encerrarse Estocolmo en una política nacional, se arregló con San Petersburgo.

Después de haber perdido en 1807 la Pomerania, que los franceses habían invadido, y en 1808 la Finlandia invadida por Rusia, Gustavo IV había sido depuesto. Gustavo, leal y loco, ha aumentado el número de los monarcas errantes sobre la tierra, y yo mismo le he dado una carta de recomendación para los padres de la Tierra Santa; en la tumba de Jesucristo es donde uno debe consolar-se. Un tío suyo fué puesto en el lugar del sobrino destronado. Habiendo mandado Bernadotte el cuerpo de ejército francés en Pomerania, se había atraído la estimación de los suecos, que pusieron los ojos en él, y fué elegido para llenar el vacío que dejaba el príncipe de Holstein-Augustembourg, príncipe heredero de Suecia, nuevamente elegido y muerto. Napoleón vió con disgusto la elección de su antiguo compañero.

La enemistad de Bonaparte y de Bernadotte era antigua. Bernadotte se había opuesto al 18 de brumario, y en seguida contribuyó, por conversaciones frecuentes, y por el ascendiente que ejercía en los ánimos, a aquellas indisposiciones que llevaron a Moreau ante un tribunal de justicia. Napoleón se vengó a su manera. Después del juicio de Moreau, regaló a Bernadotte una casa, en la calle de Anjou, despojo del general condenado: por una debilidad entonces demasiado común, el cuñado de José Bonaparte no se atrevió a rehusar esta munificencia algo deshonrosa. Grosbois fué dado a Berthier. Habiendo puesto la fortuna el cetro de Carlos XII en las manos de un compatriota de Enrique IV, Carlos Juan se negó a la ambición de Bonaparte, y pensó que le era más seguro tener por aliado a Alejandro, su vecino, que a Napoleón, su enemigo lejano: se declaró neutral; recomendó la paz, y se propuso por mediador entre Rusia y Francia.

Bonaparte entra en cólera, y exclama: «¡El, el miserable, me da consejos! ¡quiere imponerme la ley, un hombre que todo lo debe a mi bondad! ¡qué ingratitud! ¡Pero yo sabré obligarle a seguir mi impulso soberano!» Como consecuencia de estas violencias, Bernadotte firmó

el 24 de marzo de 1812 el tratado de San Petersburgo.

No preguntéis con qué derecho Napoleón trataba a Bernadotte de *miserable*, olvidando que él mismo no salía, ni de una fuente más elevada, ni de un origen distinto: la Revolución y las armas. Este lenguaje insultante no anunciaba, ni la altura hereditaria del rango, ni la grandeza de alma. Bernadotte no era ingrato, porque nada debía a la bondad de Bonaparte.

El emperador se había transformado en un monarca de antigua raza, que todo se lo atribuye, que no habla más que de sí, y que quiere recompensar o castigar diciendo que está satisfecho o descontento. Muchos siglos pasados bajo la corona, una larga continuación de sepulcros en Saint-Denis, no excusarían siquiera estas arrogancias.

La suerte trajo de los Estados Unidos y del Norte de Europa a dos generales franceses sobre el mismo campo de batalla, para hacer la guerra a un hombre contra el cual se habían reunido primero y separado después. Soldado o rey, nadie pensaba entonces que hubiese crimen en querer derrocar al opresor de las libertades. Bernadotte salió triunfante; Moreau sucumbió. Los hombres que desaparecen jóvenes, son viajeros vigorosos que hacen pronto un camino, que hombres más débiles acaban a pasos lentos.

No fué por falta de advertencias por lo que Napoleón se obstinó en la guerra de Rusia: el duque de Frioul, el conde de Segur, el duque de Vicenza, que fueron consultados, opusieron a este proyecto una multitud de objeciones. «Apoderándose del continente, y aun de los estados de la familia de un aliado—decía valerosamente el último (*Historia del gran ejército*)—, no debe acusarse a este aliado de faltar al sistema continental. Cuando los ejércitos franceses cubrían Europa, ¿cómo criticar a los rusos su ejército? ¿Sería preciso lanzarse más allá de todos esos pueblos de Alemania, cuyas heridas hechas por nosotros no estaban aún cicatrizadas? Los franceses no se reconocían ya en medio de una patria que ninguna frontera natural limitaba. ¿Quién, pues, defenderá la verdadera Francia abandonada?» «Mi fama», replicó el emperador. Medea había suministrado esta respuesta. Napoleón hacía descender a sí la tragedia.

Alimentaba el propósito de organizar

el imperio en cohortes; su memoria era una confusión de tiempos y de recuerdos. A la objeción de los diversos partidos existentes todavía en el imperio, contestaba: «Los realistas temen más que desean mi pérdida; lo que más útil y difícil he hecho ha sido detener el torrente revolucionario, que todo se lo hubiera tragado. ¿Teméis la guerra por mi vida? Matarme es imposible: ¿he cumplido, acaso, las voluntades del destino? Yo me siento empujado hacia un objeto desconocido, y cuando lo haya alcanzado, un átomo bastará para destruirme.» Esto era una copia también; los vándalos en África y Alarico en Italia, decían no ceder sino a un impulso sobrenatural: *divino jussu perurgeri*.

La absurda y vergonzosa querrela con el papa, aumentó los peligros de la posición de Bonaparte; el cardenal Fesch le conjuraba a no atraerse a un tiempo la enemistad del cielo y de la tierra: Napoleón cogió a su tío de la mano, lo llevó a una ventana (era de noche), y le preguntó: «¿Ve usted esa estrella?» «No, señor.» «Mire bien.» «Señor, no la veo.» «¡Pues bien, yo sí la veo!»

«—Usted también—decía Napoleón al señor de Caulaincourt— se ha hecho ruso.»

«Muchas veces—asegura el señor de Segur—se le veía recostado en un sofá, sumergido en una profunda meditación; luego salía de ella de pronto como en sobresalto, convulsamente, y con exclamaciones, y creyendo oírse nombrar, exclamaba: «¡Quién me llama!» Cuando el *Acuchillado* tocaba a su catástrofe, subió sobre el terrado del castillo de Blois, denominado *Perche aux Bretons*: bajo un cielo de otoño, en una campiña desierta, que se extendía a lo lejos, se le vio pasearse a grandes pasos, con movimientos furiosos. En sus vacilaciones saludables dice Bonaparte: «Nada está bastante preparado a mi alrededor para una guerra tan lejana; es preciso retardarla tres años.» Y ofrecía declarar al zar que no contribuiría ni directa ni indirectamente a restablecer el reino de Polonia: la antigua y la nueva Francia han abandonado igualmente a esta fiel y desgraciada nación.

Cuando la primera invasión del ejército francés, el príncipe Poniatowski organizó tropas polacas, y se habían reunido cuerpos políticos. Francia mantuvo dos embajadores sucesivos en Varsovia; el arzobispo de Malines y el señor

Bignon. Los polacos, franceses del Norte, valientes y ligeros como nosotros, hablaban nuestra lengua, nos querían como hermanos, y se hacían matar por nosotros con una fidelidad que denotaba su aversión a Rusia. Francia los había perdido en otro tiempo, y le correspondía devolverles la vida: ¿no se debía nada a este pueblo salvador de la cristiandad? Yo lo he dicho a Alejandro en Verona. «Si V. M. no restablece la Polonia, se verá obligado a exterminarla.» Sostener que este reino está condenado a la opresión por su posición geográfica, es conceder demasiado a los montes y a los ríos; veinte pueblos rodeados de su solo valor han guardado su independencia; Italia, parapetada en los Alpes, ha caído bajo el yugo de quien ha querido libertarla. Sería más justo reconocer otra fatalidad; a saber: que los pueblos belicosos, habitantes de las llanuras, están condenados a la conquista; de las llanuras salieron los diversos invasores de Europa.

Lejos de favorecer a Polonia, se pretendió que sus soldados tomaran la escarapela nacional: pobre como era, la cargaban con mantener un ejército francés de ochenta mil hombres; el gran ducado de Varsovia había sido prometido al rey de Sajonia. Si Polonia hubiera sido convertida en reino, la raza eslava, desde el Báltico hasta el mar Negro, habría adquirido su independencia. Aun en el abandono en que Bonaparte dejaba a los polacos, sirviéndose al mismo tiempo de ellos, pedían que se les pusiera en la vanguardia, y creían poder entrar sin nosotros en Moscú: ¡absurda proposición! El poeta armado, Bonaparte había reaparecido, y quería subir al Kremlin para cantar y firmar allí un decreto sobre los teatros.

A pesar de todo cuanto hoy se publica en alabanza de Bonaparte, de ese gran demócrata, hay que advertir que su odio hacia los gobiernos constitucionales era invencible, y no lo abandonó ni aun después de haber entrado en los desiertos amenazadores de Rusia. El senador Wibicki le llevó a Vilna las resoluciones de la Dieta de Varsovia, diciéndole en su sacrilega exageración: «A vos, que dictáis al siglo su historia, y en quien reside la fuerza de la Providencia, a vos corresponde apoyar esfuerzos que debéis aprobar.» El senador Wibicki iba a solicitar de Napoleón el Grande que pronunciase estas únicas palabras: «Que el rei-

no de Polonia exista», y el reino de Polonia habría existido. «Los polacos se pusieron a las órdenes del jefe ante quien los siglos no son más que un momento y el espacio un punto.»

Bonaparte respondió:

«—Caballeros, diputados de la Confederación de Polonia: he oído con sumo interés lo que acabáis de decirme. Polacos: pensaré y obraré como vosotros, y como vosotros tendré voto en la asamblea de Varsovia. El amor a su nación es el primer deber del hombre civilizado.»

«En mi situación, tengo muchos intereses que conciliar y muchos deberes que cumplir. Si yo hubiera reinado durante la primera, la segunda o la tercera partición de Polonia, habría armado mis pueblos para defenderla.»

«¡Yo amo a vuestra nación! Por espacio de diez y seis años he visto a vuestros soldados junto a mí en los campos de Italia y en los de España. Aplaudí lo que hicisteis; autorizo los esfuerzos que queréis hacer, y haré cuanto dependa de mí para secundar vuestras resoluciones.»

«Esto mismo os he dicho desde mi primera entrada en Polonia. Sólo añadiré: que he garantizado al emperador de Austria la integridad de sus dominios, y que no puedo sancionar ninguna maniobra, ningún movimiento que tienda a perturbar la pacífica posesión de lo que resta de las provincias de Polonia.»

«Yo recompensaré ese patriotismo de vuestras comarcas, que os hace tan interesantes y os da tantos derechos a mi aprecio y protección, por todo lo que pueda depender de mí en estas circunstancias.»

Así fué sacrificada y abandonada Polonia; han insultado cobardemente su pasión, presentándole la esponja empapada en vinagre cuando sobre la cruz de la libertad dijo: «Tengo sed, sitio.» «Cuando la libertad—dice Mickiewicz—se siente sobre el trono del mundo, juzgará a las naciones, y dirá a Francia: «Te he llamado, y no me has escuchado; ve, pues, a la esclavitud.»

«Tantos sacrificios, tantos trabajos—dice el abate Lamennais—, ¿habrán de ser estériles? Los santos mártires, ¿no habrán sembrado en los campos de su patria sino una servidumbre eterna? ¿Qué escucháis en esos bosques? El murmullo triste de los vientos. ¿Qué oís pasar sobre esas llanuras? El pájaro viajero, que busca lugar donde reparar sus fuerzas.»

El 16 de mayo de 1812 salió Bonaparte para el ejército, y se trasladó a Dresde. Allí fué donde reunió los resortes esparcidos de la Confederación del Rin, y donde, por primera y última vez, puso en movimiento esta máquina, que él había fabricado.

Entre las obras maestras desterradas que echan de menos el sol de Italia, se celebró una reunión del emperador Napoleón y de la emperatriz María Luisa, del emperador y de la emperatriz de Austria, y de multitud de soberanos, grandes y pequeños. Estos últimos aspiraban a formar de sus diversas cortes los círculos subordinados de la corte primera, disputándose el vasallaje; uno quería ser el escanciadore del teniente de Brienne, otro su panadero. La historia de Carlomagno se pone a contribución por la erudición de las cancellerías alemanas. «Una dama de Montmorency—dice el emperador—se había bajado precipitadamente para atar las cintas de los zapatos de la emperatriz.»

Cuando Bonaparte atravesaba el palacio de Dresde para pasar a un gabinete preparado, iba el primero delante y con el sombrero puesto; le seguía Francisco II, con el sombrero en la mano, acompañando a su hija la emperatriz María Luisa; la turba de príncipes marchaba confundida detrás, guardando respetuoso silencio. La emperatriz de Austria faltaba en la comitiva, pues decía estar enferma, y no salía de su aposento sino en silla de manos para evitar dar el brazo a Napoleón, a quien detestaba. Lo que restaba de sentimientos nobles se había refugiado en el corazón de las mujeres.

Un solo rey, el de Prusia, se mantuvo, al principio, apartado. «¿Qué desea ese príncipe?—exclamaba Bonaparte con impaciencia—. ¿No es bastante la importunidad de sus cartas? ¿Por qué quiere perseguirme aún con su presencia? Yo no le necesito.» Duras palabras contra la desgracia, pronunciadas la víspera del infortunio.

El crimen de Federico Guillermo cerca del republicano Bonaparte era haber abandonado la causa de los reyes. Las negociaciones de la corte de Berlín con el Directorio, decía el emperador, fundaban en este principio una política tímida, egoísta, sin nobleza, que sacrificaba su dignidad y la causa general de los tronos a pequeños engrandecimientos. Al mirar en un mapa la nueva Prusia,

exclamaba: «¡Es posible que yo haya dejado a este hombre tanto país!» De los tres comisarios de los aliados que le condujeron a Frejus, el prusiano fué el único a quien Napoleón recibió mal, y con el cual no quiso tener relación alguna. Se ha buscado la causa secreta de esta aversión del emperador hacia Guillermo, y se ha creído encontrarla en tal o cual circunstancia particular: al hablar de la muerte del duque de Enghien, creo haber tocado más de cerca la verdad.

Napoleón esperó en Dresde los progresos de las columnas de sus ejércitos: en esta misma ciudad, dirigiéndose Malborough a saludar a Carlos XII, vió en un mapa un camino que conducía a Moscú, y adivinó que el monarca seguiría este camino y no se mezclaría en la guerra del Occidente. Sin proclamar en voz alta su proyecto de invasión, Bonaparte no podía, no obstante, ocultarlo. Con los diplomáticos hacía valer tres agravios: el ucace de 31 de diciembre de 1810, que prohibía ciertas importaciones en Rusia, y destruyendo por esta prohibición el sistema continental; la protesta de Alejandro contra la reunión del ducado de Oldembourg, y los armamentos de Rusia. Si no se estuviera acostumbrado al abuso de las palabras, sorprendería ver dar como causa legítima de guerra los reglamentos de aduanas de un Estado independiente y la violación de un sistema que este Estado había adoptado. En cuanto a la reunión del ducado de Oldembourg y a los armamentos de Rusia, ya hemos visto que el duque de Vicenza había osado hacer ver a Bonaparte la insuficiencia de estos cargos. La justicia es tan sagrada, y parece tan necesaria al éxito de los negocios, que los mismos que la atropellan pretenden obrar apoyados por sus principios. Sin embargo, el general Lauriston fué enviado a San Petersburgo, y el conde de Narbona al cuartel general de Alejandro, mensajeros de frases sospechosas de paz y de bien querer. El abate de Pradt había sido enviado a la Dieta polaca, y regresó apellidando a su amo *Jupiter-Scapin*. El conde de Narbona refirió que Alejandro, sin abatimiento y sin jactancia, prefería la guerra a una paz vergonzosa. El zar profesaba siempre al emperador un entusiasmo cándido; pero decía que la causa de los rusos era justa, y que su ambicioso amigo no tenía razón. Esta verdad, que expresaron los boletines moscovitas, tomó el carácter del genio

nacional, y Bonaparte fué considerado como el *Anticristo*.

Napoleón partió de Dresde el 29 de mayo de 1812, pasó a Posen y a Thorn, y allí vió saquear a los polacos por sus otros aliados. Después bajó el Vístula, y se detuvo en Dantzic, Königsberg y Gumbinnen.

Prosiguiendo su marcha, pasó revista a sus diferentes tropas: a los soldados viejos les habló de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena, de Friedland, y a los jóvenes les habló de sus necesidades, de sus equipos, de su sueldo y de sus capitanes: en aquel momento representaba a la bondad.

INVASIÓN DE RUSIA. — VILNA. — EL SENADOR POLACO WIBICKI. — EL PARLAMENTARIO RUSO BALACHOF.—SMOLENSK. — MURAT. — EL HIJO DE PLATOF. — RETIRADA DE LOS RUSOS. — EL BORÍSTENES. — OBCECACIÓN DE BONAPARTE. — KUTUZOF SUCEDE A BARCLAY EN EL MANDO DEL EJÉRCITO RUSO. — BATALLA DEL MOSCOVA O DE BORODINO. — BOLETÍN.—ASPECTO DEL CAMPO DE BATALLA.—EXTRACTO DEL DÉCIMO OCTAVO BOLETÍN DEL GRAN EJÉRCITO.

Cuando Bonaparte atravesó el Niemen, ochenta y cinco millones quinientas mil almas reconocían su dominación o la de su familia: la mitad de la cristiandad le obedecía; sus órdenes eran ejecutadas en un espacio que comprendía diez y nueve grados de latitud y treinta de longitud, y jamás se vió, ni se verá, una expedición más gigantesca.

El 22 de junio proclama la guerra en su cuartel general de Wilkowski: «Soldados—dice—: comienza la segunda guerra de Polonia; la primera terminó en Tilsit: Rusia es arrastrada por la fatalidad, y deben cumplirse sus destinos.»

Moscú responde a esta voz, joven aun, por la boca de su metropolitano de ciento diez años de edad: «La ciudad de Moscú recibe a Alejandro, su Cristo, como una madre en sus brazos a su hijo querido, y canta *Hosanna*... ¡Bendito sea el que llega!» Napoleón se dirigía al destino; Alejandro a la Providencia.

En la noche del 23 de junio reconoció el Niemen, y ordenó construir sobre él tres puentes. A la caída del siguiente día algunos zapadores pasan el río en una lancha, no encontrando a nadie en la

otra orilla. Un oficial de cosacos, comandante de una patrulla, se acerca a ellos, y les pregunta quiénes son: «Franceses.» «¿A qué venís a Rusia?» «A hacer la guerra.» El cosaco desaparece en el bosque; tres zapadores tiran sobre él, y no les responden: silencio universal.

El emperador permaneció todo el día acostado, sin fuerzas y sin reposo, conociendo que alguna cosa se retiraba de él. Las columnas de nuestros ejércitos avanzaron, atravesaron los bosques de Pilsnisky a favor de la obscuridad, como los hunos conducidos por una cierva en el Palus-Meótide. No se veía el Niemen, y para reconocerlo era necesario llegar a sus orillas.

En medio del día, en vez de batallones moscovitas o de poblaciones lituanas saliendo al encuentro de sus libertadores, no se vieron más que desnudos arenales y bosques desiertos. «A trescientos pasos del río, y en la altura más elevada, se distinguía la tienda de Napoleón. En rededor de ella, todas las colinas, las pendientes, los valles, estaban cubiertos de hombres y de caballos.» (Ségur.)

El conjunto de fuerzas a las órdenes del emperador subía a seiscientos ochenta y seis mil trescientos infantes, y ciento setenta y seis mil ochocientos cincuenta caballos. En la guerra de sucesión, Luis XIV puso sobre las armas seiscientos mil hombres, todos franceses. La infantería activa, a las órdenes inmediatas de Bonaparte, estaba dividida en diez cuerpos, compuestos de veinte mil italianos, de ochenta mil hombres de la Confederación del Rin, de treinta mil austriacos, veinte mil prusianos y doscientos setenta mil franceses.

El ejército cruzó el Niemen; el mismo Bonaparte pasa el puente fatal, y pone el pie sobre la tierra rusa. Se detiene, y ve desfilar a sus soldados, y luego huye de su vista y escapa a la aventura por los bosques como llamado a consejo por los espíritus entre los matorrales. Vuelve, y escucha; el ejército escuchaba también, y se cree oír retumbar el cañón lejano: estaban alegres, pero aquello no era más que una tormenta, de la cual se guareció Bonaparte en un convento abandonado: doble asilo de paz.

Se ha contado que el caballo del emperador se cayó, y que a él se le oyó murmurar: «Este es un mal presagio; un romano retrocedería.» Otro tanto di-

jeron Escipión, Guillermo el Bastardo, Eduardo III y Malesherbes al ir hacia el tribunal revolucionario.

Tres días se emplearon en el paso de las tropas, que avanzaban en seguida precedidas por Bonaparte, y a quien el tiempo gritaba: «¡Marcha, marcha!», como diría Bossuet.

En Vilna recibió Napoleón al senador Wibicki, de la Dieta de Varsovia: un parlamentario ruso, Balachof, se presenta a su vez, declarando que aun se podía tratar; que Alejandro no era el agresor; que los franceses se encontraban en Rusia sin mediar declaración de guerra. Napoleón responde que Alejandro no es más que un general de parada, que no tiene más que tres generales: Kutuzof, del cual él no se preocupa, porque es ruso; Bennigsen, ya demasiado viejo hace seis años, y ahora niño, y Barclay, general de retirada. Habiéndose creído insultado el duque de Vicenza por el emperador en su conversación, le interrumpió con voz irritada: «Yo soy buen francés, y lo he probado y lo probaré aún más, repitiendo que esta guerra es impolítica, peligrosa, y que perderá al ejército, a Francia y al emperador.»

Bonaparte había dicho al enviado ruso: «¿Creéis que yo me ocupo de vuestros jacobinos polacos?» Madama de Staël refiere este último propósito: sus relaciones la tenían bien informada, y afirma que existía una carta escrita a la señora de Romanzof por un ministro de Napoleón, el cual proponía borrar de las actas europeas los nombres de Polonia y de polacos: prueba superabundante del disgusto de Bonaparte en lo concerniente a estos valientes suplicantes.

Bonaparte se informó de Balachof del número de iglesias de Moscú, y en vista de la respuesta, exclamó: «¿Por qué tantas iglesias en una época en que ya nadie es cristiano?» «Perdón, señor—le contestó el moscovita—; los rusos y los españoles lo son todavía.»

Despedido Balachof con proposiciones inadmisibles, se desvaneció la última esperanza. Los boletines decían: «Aquí está ya ese imperio de Rusia, tan temible de lejos. Es un desierto, y necesita más tiempo Alejandro para reunir sus reclutas, que Napoleón para llegar a Moscú.»

Cuando el emperador llegó a Witepsk, tuvo un momento la idea de detenerse allí. Volviendo a su cuartel general, des-

pués de haber visto a Barclay retirarse otra vez, arrojó su espada sobre unos mapas, y exclamó: «¡Aquí me paro! Ha terminado mi campaña de 1812, y la de 1813 hará lo restante.» ¡Feliz él si se hubiera atenido a esta resolución, que le aconsejaban todos sus generales! Contaba con recibir nuevas proposiciones de paz, y se enfadó no viéndolas llegar. Sólo distaba veinte jornadas de Moscou, y repetía: «¡Moscou, la ciudad santa!» Su mirada era amenazadora; su aire feroz, y al momento dió la orden de marchar. Le hacen observaciones que desdeña, e interrogado Daru, le responde: «Que él no concibe ni el objeto ni la necesidad de semejante guerra.» Napoleón replica: «¿Me toman por un insensato? ¿Se piensa que hago la guerra por gusto? ¿No le habían oído decir a él, emperador, «que las guerras de España y Rusia eran dos úlceras que roían a Francia?» Mas para hacer la paz se necesitaban dos, y no se recibía una sola carta de Alejandro.

Y estas úlceras, ¿de quién venían? Estas inconsecuencias pasan inadvertidas, y si es preciso se cambian en pruebas de la cándida sinceridad de Napoleón.

Bonaparte se creía degradado si notaban una falta cometida por él. Sus soldados se quejaban de no verlo ya sino en los momentos de combate, siempre para hacerlos morir, nunca para hacerlos vivir; pero él permanecía sordo a estos clamores. La noticia de la paz entre los rusos y los turcos le llama la atención; pero no le detiene, y se lanza hacia Smolensk. Las proclamas de los rusos decían: «Viene (Napoleón) con la traición en el pecho y la lealtad en los labios; viene a encadenarnos con sus legiones de esclavos. Llevemos la cruz en nuestros corazones y el hierro en nuestras manos; arranquemos los dientes a ese león, y derribemos al tirano que conmueve la tierra.»

En las alturas de Smolensk encuentra Napoleón al ejército ruso, compuesto de ciento veinte mil hombres: «¡Ya los tengo!», exclama. El 17 al amanecer persigue Belliard a un destacamento de cosacos, arrojándolo en el Dniéper; descubierta la cortina, se ve el ejército enemigo, que se iba retirando, en el camino de Moscou. El sueño de Napoleón huye otra vez, y Murat, que había contribuido demasiado a la vana persecución, desesperado como estaba, quería

morir y rehusaba abandonar una de las baterías, envuelta en el fuego de la ciudadela de Smolensk, aun no evacuada: «¡Retiraos todos, dejadme solo aquí!», exclamaba. Un ataque furioso tenía lugar contra esta ciudadela: formado sobre unas alturas que se elevaban en anfiteatro, nuestro ejército contemplaba el combate, y al ver a los sitiadores lanzarse, atravesando el fuego y la metralla, batió palmas como había hecho ante las ruinas de Tebas.

Por la noche atrae las miradas un incendio. Un sargento de Davout escala los muros, y llega a la ciudadela en medio del humo. El rumor de algunas voces lejanas llega a su oído; amartilla una pistola, se dirige hacia este punto, y con gran sorpresa suya cae en una patrulla de amigos. Los defensores habían abandonado la ciudad, y los polacos de Poniatowski la habían ocupado.

Murat excitaba el entusiasmo de los cosacos por su traje extraordinario y por su valor, semejante al de ellos. Un día que daba una carga furiosa, se irrita, les riñe, y les manda; los cosacos no lo comprenden; pero adivinan, vuelven bridas, y obedecen la orden del general enemigo.

Napoleón escribió desde Smolensk a Francia que era dueño de las salinas rusas, y que su ministro del tesoro podía contar con ochenta millones más.

Rusia huía hacia el polo, y los señores, abandonando sus casas de madera, se marchaban con sus familias, sus siervos y sus rebaños. El Dniéper, o el antiguo *Boristenes*, cuyas aguas fueron declaradas santas en otro tiempo por Vladimiro, estaba ya atravesado: este río, que había enviado a los pueblos civilizados invasiones de bárbaros, sufría ahora las invasiones de los pueblos civilizados. Salvaje, disfrazado con un nombre griego, ya no recordaba ni las primeras invasiones de los eslavos, y seguía corriendo desconocido entre sus bosques, llevando en sus barcas, en vez de los niños de Odin, chales y perfumes y las mujeres de San Petersburgo y de Varsovia. Su historia para el mundo comienza en el Oriente de las montañas, donde están los altares de Alejandro.

Desde Smolensk se podía igualmente conducir un ejército a San Petersburgo que a Moscou. Smolensk hubiera debido advertir al vencedor que se detuviera, y aun tuvo ganas de ello por un ins-

tante. «Desalentado el emperador—dice el señor Fain—, habló del proyecto de detenerse en Smolensk.» En los hospitales se empezaba a carecer de todo, y el general Gourgaud cuenta que el general Lariboisiere se vió obligado a entregar la estopa de sus cañones para vendar a los heridos. Pero el emperador era arrastrado, y se deleitaba en contemplar en los dos extremos de Europa las dos auroras que alumbraban a sus ejércitos en las llanuras ardientes y en las llanuras heladas.

Poseído de su propia existencia, el emperador lo había reducido todo a su persona: Napoleón se había apoderado de Napoleón, y ya no había más que él en sí mismo. Hasta entonces no había explorado más que sitios célebres; ahora recorría un camino sin nombre, en cuya extensión apenas había bosquejado Pedro las ciudades futuras de un imperio que no tenía un siglo. Si los ejemplares instruyesen, Bonaparte hubiera debido inquietarse al recuerdo de Carlos XII, que atravesó Smolensk en busca de Moscou. En Kolodrina hubo un combate mortífero, y como enterraron apresuradamente los cadáveres de los franceses, Napoleón no pudo darse cuenta de las enormes pérdidas que había sufrido. En Dorogobouj se encontró un ruso con su barba de una blancura inmaculada que le caía sobre el pecho; demasiado viejo para seguir a su familia, se había quedado solo en su hogar; había visto los prodigios del fin del reinado de Pedro el Grande, y ahora presenciaba con silenciosa cólera la devastación de su país.

Una serie de batallas presentadas y rehusadas llevaron a las tropas francesas al campo de Moskova. El emperador iba por los vivaques, discutiendo con sus generales y oyendo sus consejos, mientras que él estaba sentado sobre pedazos de pino, o se entretenía con alguna bala enemiga que hacía rodar con el pie.

Barclay, pastor de Livonia, y general más tarde, era el autor de ese sistema de retirada que dejaba tiempo para que llegase el otoño: una intriga de corte le derribó. El viejo Kutuzof, batido en Austerlitz porque no siguió su opinión, la cual era rehusar el combate hasta la llegada del príncipe Carlos, reemplazó a Barclay. Los rusos veían en Kutuzof un general de su nación, discípulo de Suwarof, el vencedor del gran visir en 1811, y el autor de la paz con la Puerta, entonces tan necesaria a Rusia. Estando

en esto, se presentó un oficial moscovita en las avanzadas de Davout, que sólo iba encargado de proposiciones vagas, pues su principal misión parecía mirar y examinar: todo se lo enseñaron.

Llegado a las alturas de Borodino, Bonaparte ve, por fin, el ejército ruso detenido y formidablemente atrincherado, compuesto de ciento veinte mil hombres y seiscientas piezas de artillería: iguales fuerzas tenían los franceses. Examinada la izquierda de los rusos, propuso el mariscal Davout a Napoleón envolver al enemigo: «Eso me haría perder demasiado tiempo», contestó el emperador. Davout insiste, y se compromete a tener concluida su maniobra antes de las seis de la mañana. Bonaparte le interrumpe bruscamente, y le dice: «¡Ah; siempre estáis por envolver al enemigo!»

Se había notado un gran movimiento en el campo moscovita; las tropas estaban sobre las armas, y Kutuzof rodeado de los popes y de los archimandritas: precedido de los emblemas de la religión y de una sacra imagen salvada de las ruinas de Smolensk, habla a los soldados del cielo y de la patria, y llama a Napoleón el déspota universal.

En medio de estos cánticos de guerra, de estos coros de triunfo, mezclados con gritos de dolor, se escucha también en el campo francés una voz cristiana que se distingue de todas las demás; es el himno santo que sube a las bóvedas del templo. El soldado, cuya voz tranquila, y, sin embargo, conmovida, resuena la última, es el ayudante de campo del mariscal que mandaba la caballería de la guardia. Aquel ayudante se ha mezclado en todos los combates de la campaña de Rusia, y habla de Napoleón como de uno de los hombres a quien más admiración profesa; pero le reconoce debilidades, pone en su lugar relaciones falsas, y declara que las faltas cometidas provinieron del orgullo del jefe y del olvido de Dios en los capitanes. «En el campo ruso—dice el teniente coronel Bandus—se hacen sacrificios a los dioses la víspera de un día, que debe ser el último para tantos valientes.

»El espectáculo ofrecido a mis ojos por la piedad del enemigo, así como las burlas de que fué objeto por gran número de oficiales de nuestras filas, me recordó que el más grande de nuestros reyes, Carlomagno, se preparaba también a comenzar la más peligrosa de sus empresas por

ceremonias religiosas... ¡Ah! Sin duda que entre esos cristianos extraviados había muchos cuya buena fe santificó las oraciones; porque si los rusos fueron vencidos en el Moscova, nuestra entera destrucción, de la cual no pueden gloriarse de ninguna manera, puesto que fué la obra manifiesta de la Providencia, demostró, algunos meses más tarde, que su demanda había sido muy favorablemente escuchada.»

Pero, ¿dónde estaba el zar? Acababa de decir modestamente a madama de Staël, fugitiva, que *sentía no ser un gran general*. En aquel momento se presentaba en nuestros vivaques el señor de Bausset, oficial de palacio, quien, sabiendo de los bosques tranquilos de Saint-Cloud y siguiendo las huellas horribles de nuestro ejército, llegaba la víspera de los funerales al Moscova: llevaba el retrato del rey de Roma, que María Luisa enviaba al emperador. Los señores Fain y de Segur refieren los sentimientos que experimentó Bonaparte al verlo, y, según el general Gourgaud, exclamó, después de haber mirado el retrato: «Guardadlo; es muy pronto para que vea un campo de batalla.»

El día que precedió a la tormenta fué extremadamente tranquilo: «Esta especie de prudencia—dice el señor de Baudus—, que se ejercita preparando tan crueles leuras, tiene algo de humillante para la razón humana cuando se piensa en ella a sangre fría y a la edad a que yo he llegado; pues en mi juventud encontraba todo esto muy hermoso.»

En la tarde del 6 de septiembre dictó Napoleón esta proclama, que no fué conocida de la mayor parte de los soldados hasta después de la victoria:

«Soldados! he aquí la batalla que tanto habéis deseado. Ahora, la victoria depende de vosotros; ella nos es necesaria, y nos dará la abundancia y un inmediato regreso a nuestra patria. Conducíos como en Austerlitz, en Friedland, en Witepsk y en Smolensk, y que la posteridad más remota cite vuestra conducta en esta jornada, diciendo: «Estuvo en aquella gran batalla al pie de los muros de Moscova.»

Bonaparte pasó la noche con la mayor ansiedad: unas veces creía que los enemigos se retiraban, otras temía la desnudez de sus soldados y el cansancio de sus oficiales. Sabía que se murmuraba a su alrededor: «¿Con qué objeto nos han hecho andar ochocientas leguas, para no

encontrar sino agua cenagosa, hambre, y vivaques sobre ceniza? Cada año que pasa se agrava más la guerra, y nuestras conquistas fuerzan a ir en busca de nuevos enemigos. Pronto no le bastará Europa, y necesitará Asia.» Bonaparte, en efecto, no había visto indiferente las corrientes de agua que se precipitan en el Volga.

A media noche hizo llamar Napoleón a uno de sus ayudantes de campo, quien, al entrar, lo encontró con la cabeza apoyada entre las dos manos: «¿Qué es la guerra?—decía—. Un oficio de bárbaros, donde todo el arte consiste en ser el más fuerte sobre un punto determinado.» Quéjase de la inconstancia de la fortuna, envía a examinar la posición del enemigo, le refieren que las fogatas lucen con el mismo brillo y en igual número, y entonces se tranquiliza. A las cinco de la mañana le envía Ney a pedir la orden de ataque; Bonaparte sale y exclama: «Vamos a abrir las puertas de Moscova.» Nace el día, y señalando Napoleón al Oriente, que comenzaba a colorarse, exclamó: «¡He allí el sol de Austerlitz!»

«El 6, a las dos de la mañana, recorrió el emperador las vanguardias enemigas, y pasó todo el día en reconocimientos. El enemigo tenía una posición muy cerrada.

«Esta posición parecía hermosa y fuerte. Era fácil maniobrar y obligar al enemigo a evacuarla, pero esto hubiera aplazado la partida.

«El 7, a las seis de la mañana, el general conde Sorbier, que había montado la batería derecha con la artillería de la reserva de la guardia, comenzó el fuego.

«A las seis y media fué herido el general Compans, y a las siete mataron el caballo al príncipe de Eckmühl.

«A las siete se puso en marcha el mariscal duque de Elchingen, y protegido por sesenta piezas de artillería que el general Foucher había colocado el día anterior contra el centro del enemigo, se dirige sobre él. Mil bocas de fuego vomitaban de una parte y otra la muerte.

«A las ocho son conquistadas las posiciones y reductos del enemigo, y nuestra artillería corona sus alturas.

«Quedaban al enemigo sus reductos de la derecha; el general conde Morand marcha hacia allá, y los toma; pero, atacado por todas partes, a las nueve de la mañana, no puede ya mantenerse en ellos. Animado el enemigo por este triunfo, hace avanzar sus reservas y sus últimas tropas, para probar otra vez fortuna. La guardia imperial rusa forma parte de éstas, y ataca nuestro centro, en el cual se había atrincherado la derecha. Por un momento se teme que se apodere de la aldea incendiada: la división Friant se dirige a aquel punto, y ochenta piezas de artillería francesa detienen primero y destruyen en seguida las columnas enemigas, que, durante dos horas, se mantienen unidas ante la metralla, no atreviéndose a avanzar ni a retroceder, y renunciando a la esperanza de la victoria. El rey de Nápoles decide el fin de la batalla; hace cargar el cuarto cuerpo de caballería, que penetra en las brechas que la metralla de nuestros cañones ha abierto en las masas apretadas de los rusos y los escuadrones de sus coraceros: el enemigo huye a la desbandada.

«Son las dos de la tarde, y toda esperanza abandona al enemigo: la batalla ha terminado; el fuego de cañón continúa todavía, mas ya sólo se bate por su retirada y su salvación, y no por la victoria.

«Nuestra pérdida total puede calcularse en diez mil hombres; la del enemigo en cuarenta o cincuenta mil. Jamás se ha visto semejante campo de batalla. De cada seis cadáveres, uno era francés y cinco rusos. Cuarenta generales rusos han sido muertos, heridos o prisioneros: el general Bragation fué herido.

«Nosotros hemos perdido el general conde Montbrun, muerto por una bala de cañón; el general conde Caulaincourt, que había sido enviado para reemplazarle, muere de la misma manera una hora más tarde.

«Los generales de brigada Compère, Plauzonne, Marion, Huart, han sido muertos: siete u ocho generales han sido heridos, la mayor parte levemente. El príncipe de Eckmühl salió ileso. Las tropas francesas se han cubierto de gloria y han demostrado su superioridad sobre las rusas.

«Tal es, a grandes rasgos, el croquis de la batalla del Moscova, dada a dos leguas a retaguardia de Mojaisk, y a veinticinco leguas de Moscova.

«El emperador no se ha expuesto nunca; la guardia de a pie y de a caballo ni ha dado ni perdido un solo hombre: la victoria no ha sido dudosa. Si el enemigo, forzado en sus posiciones, no hubiera querido reconquistarlas, nuestras pérdidas habrían sido mayores que las suyas; pero destruyó su ejército, teniéndolo desde las ocho hasta las dos bajo el fuego de nuestras baterías, y obstinándose en recuperar lo que había perdido. Este es el motivo de sus enormes pérdidas.»

Este boletín, frío y lleno de reticencias, está muy lejos de dar una idea de la batalla del Moscova, y, sobre todo, de la horrorosa mortandad en el gran reducto: ochenta mil hombres quedaron fuera de combate, y treinta mil de ellos eran franceses. Augusto de la Rochejacquelein sacó el rostro partido de un sablazo, y quedó prisionero de los moscovitas: él recordaba otros combates y otra bandera. Pasando Napoleón revista al regimiento número 61, dijo al coronel: «Coronel, ¿qué habéis hecho de uno de vuestros batallones?» «Señor, está en el reducto.» Los rusos han sostenido siempre y sostienen todavía que ganaron la batalla, y van a levantar una columna triunfal fúnebre en las alturas de Borodino.

La relación del señor de Segur va a suplir lo que falta al boletín del emperador:

«El emperador—dice—recorrió el campo de batalla. Jamás ninguno fué de tan horrible espectáculo: todo concurría a ello; un cielo obscuro, una lluvia fría, un viento fuerte, casas convertidas en ceniza, una llanura destruída y cubierta de ruinas y escombros: en el horizonte, la triste y sombría verdura de los árboles del Norte; por doquiera soldados errantes entre cadáveres y buscando alimento hasta en las mochilas de sus compañeros muertos: heridas horribles, porque las balas rusas son más gruesas que las nuestras; vivaques silenciosos, y nada de cánticos ni de relaciones.

«En rededor de las águilas se veía el resto de los oficiales y sargentos, y algunos soldados, apenas los necesarios para custodiar la bandera. Sus uniformes estaban desgarrados por el encarnizamiento de la lucha, ennegrecidos por la pólvora, manchados de sangre, y, no obstante, en medio de estos harapos, de

esta miseria, de este desastre, todos tenían un aspecto fiero, y aun al contemplar al enemigo daban algunos gritos de triunfo, aunque raros y excitados; porque en este ejército, capaz al mismo tiempo de análisis y de entusiasmo, cada cual juzgaba de la posición de todos...

»Bonaparte no pudo evaluar su victoria sino por los muertos. La tierra estaba de tal modo cubierta de franceses tendidos sobre los reductos, que más parecía pertenecerles a ellos que a los que quedaban en pie: parecía haber allí más vencedores muertos que vencedores vivos.

»En aquel montón de cadáveres, sobre los cuales era preciso marchar para seguir a Napoleón, el casco de un caballo chocó contra un herido, arrancándole el último signo de vida o de dolor. El emperador, hasta entonces mudo como su victoria, y a quien oprimía el espectáculo de tantas víctimas, montó en cólera, y se aplacó luego por gritos de indignación y por una porción de cuidados que hizo prodigar a este infeliz. Después dispersó a los oficiales que le seguían, para que socorriesen a los que se oían gritar por todas partes.

»Se encontraban principalmente en el fondo de los fosos, donde habían sido precipitados la mayor parte de los nuestros, y a donde muchos se habían arrastrado para ponerse al abrigo del enemigo y del huracán. Los unos pronunciaban gimiendo el nombre de su patria y de su madre: éstos eran los más jóvenes. Los más ancianos aguardaban la muerte con aire impasible o sardónico, sin implorar ni quejarse: otros pedían que los mataran al instante; mas huían rápidamente del lado de estos infelices, a quienes no tenían ni la inútil piedad de socorrer, ni la piedad cruel de acabar con su vida.»

Tal es la relación del señor de Segur. ¡Anatema a las victorias no logradas en la defensa de la patria, y que sólo sirven a la vanidad de un conquistador!

La guardia, compuesta de veinticinco mil hombres escogidos, no se comprometió en el Moscova; Bonaparte se negó a ello, con diversos pretextos. Contra su costumbre, estuvo lejos del fuego, y no podía seguir con sus propios ojos las maniobras. Sentado o paseándose cerca de un reducto tomado la víspera, cuando llegaban a anunciarle la muerte de algunos de sus generales, hacía un gesto

de resignación. Se miraba con sorpresa esta impasibilidad, y Ney exclamaba: «¿Qué hace detrás del ejército? Ahí sólo puede alcanzar reveses y no triunfos: y, puesto que ya no hace la guerra por sí mismo, que ya no es general, que sólo quiere hacer por todas partes el emperador, que se vuelva a las Tullerías y nos deje ser generales por él.» Murat confesaba que en esta gran jornada no había reconocido el genio de Napoleón.

MARCHA ADELANTE DE LOS FRANCESES. — ROSTOPCHIN. — BONAPARTE EN EL MONTE DE LA SALVACIÓN. — VISTA DE MOSCOU.—ENTRADA DE NAPOLEÓN EN KREMLÍN. — INCENDIO DE MOSCOU. — BONAPARTE LLEGA CON DIFICULTAD A PETROWSKI. — ESCRITO DE ROSTOPCHIN. — RESIDENCIA EN LAS RUINAS DE MOSCOU. — OCUPACIONES DE BONAPARTE.

Entre el Moscova y Moscou comprometió Murat una acción delante de Mojaisk. Al penetrar en la ciudad encontraron diez mil muertos o moribundos, que fueron arrojados por las ventanas para alojar a los vivos. Los rusos se replegaban en buen orden hacia Moscou.

En la noche del 13 de septiembre, Kutuzof reunió su consejo de guerra, en el cual declararon los generales que *Moscú no era la patria*. Buturlin (*Historia de la campaña de Rusia*), el mismo oficial que Alejandro envió al cuartel del duque de Angulema en España, y Barclay, en su *Memoria justificativa*, exponen los motivos que determinaron la opinión del consejo. Kutuzof propuso al rey de Nápoles un armisticio, mientras que los soldados rusos atravesarían la antigua capital de los zares. El armisticio fué aceptado, porque los franceses querían conservar la ciudad: sólo Murat estrechaba de cerca la retaguardia enemiga, y nuestros granaderos pisaban los talones a los granaderos rusos que se retiraban; pero Napoleón estaba lejos del triunfo que creía tocar: Kutuzof ocultaba a Rostopchin.

El conde Rostopchin era gobernador de Moscou. La venganza parecía bajar del cielo: un globo monstruoso, construido con mucho gasto, debía cernirse sobre el ejército francés, cogiendo al emperador en medio y caer sobre su cabeza en una lluvia de hierro y de fuego: en el ensayo se rompieron las alas del aparato, y fué preciso renunciar a la bomba

de las nubes; pero quedaron los artificios a Rostopchin. La noticia del desastre de Borodino había llegado a Moscou, en tanto que, por un boletín de Kutuzof, creían aun en la victoria en el resto del imperio. Rostopchin había hecho distintas proclamas en prosa rimada, y decía:

«¡Vamos, mis amigos moscovitas; marchemos también! Reuniremos cien mil hombres, llevaremos la imagen de la Santa Virgen, ciento cincuenta piezas de artillería, y pondremos fin a esto.»

Recomendaba a los habitantes que se armasen sencillamente de hoces, porque un francés no pesaba más que una yerba. Sabido es que Rostopchin declinó toda participación en el incendio de Moscou, y también que Alejandro no se ha explicado nunca sobre este punto. ¿Ha querido Rostopchin ponerse a cubierto de los cargos de los nobles y comerciantes cuya fortuna había perecido? ¿Temió Alejandro ser llamado *un bárbaro* por el Instituto? Este siglo es tan miserable, y Napoleón había acaparado de tal modo todas las grandezas, que cuando sucedía alguna cosa digna, todos negaban su participación en ella y rechazaban la responsabilidad.

El incendio de Moscou será siempre una resolución heroica que salvó la independencia de un pueblo y contribuyó a la libertad de otros muchos. Numancia no ha perdido su derecho a la admiración de los hombres. ¿Qué importa que Moscou haya sido quemada? ¿No lo fué siete veces anteriormente? ¿No está hoy brillante y rejuvenecida, a pesar de que el boletín de Bonaparte predijera que *el incendio de esta capital retrasaría la Rusia cien años*? «La misma desgracia de Moscou—dice admirablemente madama de Staël—ha regenerado el imperio: esta ciudad religiosa ha sucumbido como un mártir cuya sangre derramada da nuevas fuerzas a los hermanos que le sobreviven.» (*Diez años de destierro*).

¿Dónde estarían las naciones, si Napoleón, desde lo alto del Kremlin, hubiera cubierto al mundo con su despotismo; como en un paño mortuorio? Los derechos de la especie humana son antes que todo; para mí, aun cuando la tierra fuese un globo de explosión, no vacilaría en prenderle fuego si se tratase de libertar a mi país. Sin embargo, se necesitan nada menos que los intere-

ses superiores de la libertad humana para que un francés, cubierta la cabeza con un crespón y con los ojos llenos de lágrimas, pueda resolverse a referir una resolución que debía ser fatal a tantos franceses.

Se ha visto en París al conde de Rostopchin, persona instruída y de talento; en sus escritos se oculta el pensamiento bajo ciertas bufonadas: especie de bárbaro ilustrado, de poeta irónico y aun depravado, capaz de empresas generosas, al mismo tiempo que despreciaba a los pueblos y a los reyes: las iglesias góticas admiten en su grandeza decoraciones grotescas.

La confusión empezaba a reinar en Moscou; los caminos de Cazán estaban cubiertos de fugitivos a pie, en carruajes, aislados o acompañados de servidores. Un presagio había reanimado momentáneamente los ánimos: un buitre se había enredado en las cadenas que sostenían la cruz de la iglesia principal; Roma, como Moscou, hubiera considerado este presagio como el cautiverio de Napoleón.

Al presentarse los inmensos convoyes rusos a las puertas, se desvaneció toda esperanza. Kutuzof había lisonjeado a Rostopchin con defender la ciudad con los noventa y un mil hombres que le quedaban; pero ya hemos visto que el consejo de guerra le obligaba a retirarse. Rostopchin se quedó solo.

Al llegar la noche, unos emisarios van llamando misteriosamente a las puertas, y anuncian que es preciso partir, y que Nínive está sentenciada. Materias inflamables son introducidas en los edificios públicos, en las tiendas, y en las casas particulares, llevándose las bombas. Entonces ordena Rostopchin abrir las cárceles: de en medio de un inmundo montón se hace salir un ruso y un francés: el ruso perteneciente a una secta de iluminados alemanes, estaba acusado de haber querido entregar su patria y de haber traducido la proclama de los franceses. Su padre acude, y el gobernador le concede un momento para bendecir a su hijo. «¡Yo bendecir a un traidor!», exclama el viejo moscovita: y le maldice. El preso es entregado al furor del populacho.

«—Pero tú—dice Rostopchin al francés—, que debías desear la llegada de tus compatriotas, sé libre, y ve a contar a los tuyos que Rusia no ha tenido más que un traidor, y que ya ha sido castigado.»